

cipios y lugares teológicos fundamentales. La parte tercera contiene las conclusiones y viene a ser un resumen de la parte anterior. Finalmente, una última sección, de veinte páginas, nos ofrece una breve pero interesante antología de textos.

Anima la obra un cierto espíritu de moderado revisionismo favorable a Ritschl. El autor es consciente de la extensa y obvia influencia de nuestro teólogo en la dogmática protestante del presente siglo, y admite al mismo tiempo que su figura no alcanza las proporciones que caracterizan a Karl Barth. Piensa, sin embargo, que Ritschl no constituye solo un *episodio*. Sin llegar a ser una *época*, como sería el caso de Schleiermacher y del mismo Barth, Ritschl habría ejercido influencias saludables y decisivas para la temática teológica contemporánea.

El autor no se detiene especialmente en el examen de los rasgos centrales que hacen inaceptable la teología de Ritschl, y que podrían resumirse en su agnosticismo básico y en el inmanentismo histórico de su doctrina sobre la revelación. Los incluye, por supuesto, en su descripción del sistema, pero trata más bien, y ello justifica precisamente su aportación, de acentuar los aspectos que hacen de Ritschl, a su juicio, un teólogo de cierta relevancia actual. Serían estos aspectos, por un lado, el haber anclado la dogmática no en la conciencia del cristiano (como Schleiermacher) sino en la historia; y por otro, la importancia práctica otorgada a la búsqueda de la *perfección* personal cristiana.

Es cierto que Ritschl ha contribuido con una temática (Justificación. Reino de Dios) y una metodología (Historicidad de la Revelación. Personalismo. Examen positivo de las fuentes cristianas) al desarrollo de la teología protestante, pero los elementos que aporta encierran un valor muy desigual, y algunos de ellos más positivos (sobre todo la concepción histórica de la Revelación) han accedido también por otras vías al mundo teológico-religioso de la Reforma.

JOSÉ MORALES

VARIOS AUTORES, BAJO LA DIRECCION DE ENRICO CASTELLI, *L'Analisi del linguaggio teologico. Il nome di Dio*, Roma, Istituto di Studi Filosofici, 1969, 550 pp. *Dibattiti sul linguaggio teologico*, Roma, Istituto di Studi Filosofici, 1969, 220 pp.

Entre los departamentos e institutos de la Universidad estatal italiana, uno de los que presta mayor atención a la problemática teológica, es el Centro Internazionale di Studi Umanistici, dirigido por el profesor Enrico Castelli, e integrado en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Roma. Desde hace ya diversos años organiza periódicamente coloquios internacionales siguiendo una clara línea temática; he aquí algunos de los temas tratados: "il problema della demitizzazione" (1961), "ermeneutica e tradizione" (1963), "demitizzazione e morale" (1965), "mito e fede" (1966) "l'ermeneutica della libertà religiosa" (1968).

Los dos libros que comentamos recogen las conferencias, comunicaciones y discusiones del coloquio celebrado en enero de 1969, cuyo tema era el problema del lenguaje teológico, con especial referencia al nombre de Dios. Como precisó el profesor Castelli en la introducción a los trabajos, en el examen crítico que se pretendía realizar "è il nome di Dio oggetto di analisi, mai l'invocazione *Dio mio*" (*L'analisi*, p. 21). Es decir el tema de las conversaciones no era el análisis de la experiencia religiosa, sino el del momento telógico propiamente dicho.

De ahí que una parte importante de los estudios y ensayos se detenga precisamente en el intento de delimitar las notas peculiares de este lenguaje. El lenguaje teológico presupone la fe, más aún la comunidad creyente, y puede por tanto considerarse como un lenguaje en cierto modo derivado en cuanto que presupone y se mueve en el interior del lenguaje de la fe. Resulta por eso imposible hablar del lenguaje teológico sin referirse a la naturaleza de la fe. Siendo el mensaje sobre Dios el más importante de todos, ya que de él depende la salvación del hombre, la discusión no puede limitarse a los aspectos meramente formales, sino que debe necesariamente referirse a los contenidos. Un análisis del lenguaje teológico puede realizarse sólo a partir de la realidad de Dios.

Tratándose de un debate en el que han tomado parte especialistas de disciplinas muy variadas —teólogos, analistas del lenguaje, filósofos, estudiosos de historia de las religiones, etc.—, provenientes de áreas culturales distintas y de creencias religiosas diversas, encontramos afirmaciones y planteamientos que dependen de perspectivas heterogéneas: la teología clásica, el estructuralismo, la hermenéutica heideggeriana, la filosofía del lenguaje del neopositivismo o de la escuela de Oxford, etc. Esa variedad constituye una dificultad para la lectura, ya que no siempre resulta fácil situar el pensamiento de cada autor; puede suponer, sin embargo, un estímulo para la reflexión, ya que impulsa a confrontar lenguajes distintos entre sí y a advertir la limitación de experiencias particulares.

Se puede señalar que, por debajo de la diversidad de perspectivas, parece imponerse cada vez más una constatación de fondo. El lenguaje presupone necesariamente la intersubjetividad, la comunicación. Un intento de fundamentar el lenguaje *a priori*, a partir de la propia conciencia, constituye una petición de principio, que acaba encerrando al hombre en el solipsismo y la tautología. La evolución misma de la escuela analítica ha puesto de manifiesto la imposibilidad de un estudio meramente formal, y la necesidad de abordar la dimensión semántica. El lenguaje teológico nos aparece así como lenguaje sobre el fundamento, sobre Dios como realidad fundante de toda otra realidad; todo estudio de sus características debe partir de ese dato básico.

Pero no todas las relaciones tienen por objeto ese análisis y justificación del lenguaje teológico, sino que gran número de ellos se ocupan en concreto del nombre de Dios, tanto desde el punto de vista histórico como teórico. Frente al racionalismo de épocas pasadas se pone hoy netamente de relieve que Dios no puede ser aprisionado en un nombre, como si la mente humana fuera capaz de abarcarlo y reducirlo a un

objeto entre otros objetos o a un límite del propio pensamiento. Dios es en ese sentido "innominable" y el precepto bíblico "no nombrar a Dios en vano" manifiesta así toda su profundidad. Es precisamente a partir de esa conciencia de la trascendencia de Dios, de la necesidad de acercarnos a El con una actitud religiosa, como surge el problema de nuestro hablar sobre Dios, ya que ese respeto no debe degenerar en un agnosticismo vacío sino en una actitud de adoración. Se hace así necesario, por una parte, determinar el *status* epistemológico de las afirmaciones que hacemos sobre Dios; las reflexiones de la teología clásica sobre los nombres de Dios constituyen aquí un punto de referencia imprescindible.

De otra parte, diversos autores subrayan con fuerza que, al tratar el tema del nombre de Dios, no es acertado limitarse a señalar unas normas o reglas para que nuestro lenguaje sea correcto, es decir, no contradictorio. Es necesario además no reducir nunca a Dios a mero objeto, y por tanto advertir que nuestro hablar sobre El debe ser siempre un anunciarlo, un proclamar la necesidad de reconocerlo como fundamento de toda vida. Desde esta perspectiva se hace patente la necesidad de que el hablar de Dios no se quede en un plano abstracto, sino que sea un hablar concreto, es decir, un hablar en Cristo y desde Cristo.

El resumen que acabamos de hacer es, obviamente, sintético, y no refleja todas las ideas, apreciaciones y datos vertidos durante el coloquio: hemos subrayado las perspectivas que consideramos más importantes y válidas. Señalemos finalmente que los dos volúmenes en los que se recogen los resultados del congreso son complementarios. El primero de ellos (*L'analisi del linguaggio teologico*) constituye propiamente hablando las actas del congreso, e incluye las relaciones y comunicaciones. Podemos agruparlas según los siguientes temas: a) estudios sobre la filosofía del lenguaje y sobre la naturaleza del lenguaje teológico; señalemos especialmente las de Karl Kerényi, Donald M. MacKinnon, Paul Van Buren, Stanislas Breton, Pietro Scapin, Marco M. Olivetti; b) comunicaciones sobre el nombre de Dios y sobre el lenguaje cristiano sobre Dios, en general; se pueden mencionar las de Giorgio Derossi, Hans-Werner Bartsch, Endre von Ivanka, Sergio Cotta, Henri Bouillard, Maurice Nédoncelle, Henri Gouhier, Claude Geffré; c) exposiciones sobre algunos temas más concretos, como el nombre de Dios en el Talmud (Emmanuel Levinas), la idea de paternidad, en general y aplicada a Dios (Paul Ricoeur, Alphonse de Waelhens, Antoine Vergote), Escritura e historia (Gabriel Vahanian), el lenguaje sobre Dios en el hinduismo y en el budismo, los nombres de Dios en el Islam, los escritos recientes sobre la secularización, etc.

En el segundo volumen (*Dibattiti sul linguaggio teologico*) se recogen los debates que siguieron a algunas de las relaciones; concretamente a las de K. Kerényi, D. M. MacKinnon, P. Van Buren, A. de Waelhens, E. Levinas, P. Ricoeur, A. Vergote, S. Bréton, G. Vahanian, H. Bouillard, H. Gouhier, C. Gaffré. Una plena utilidad de este volumen requiere el conocimiento del primero.

JOSÉ LUIS ILLANES